

vio en el decir y de toda originalidad en el pensamiento, pero á veces remeda bien el tono del gran maestro. Citaré algunas estrofas, ya que nadie ha parado mientes en ellas:

« En una fria peña
Veréis una gran vena y abertura ,
Por donde se despeña
El agua ya más pura ,
Para mostrar del todo su hermosura .
.....
Al son de su ruido
Alrededor las aves se embebecen ,
Deléytase el oído ,
Los ojos se adormecen ,
Que de velar cansados desfallecen .
.....
El frescor de esta fuente
El fuego de la siesta está templando ,
Hasta que del Oriente
El sol se va alejando ,
Las sombras paso á paso acrecentando .
.....
Esferas celestiales
Que con primor divino estáis labradas ,
De luces eternas
En orden esmaltadas ,
Y de dorados clavos tachonadas .
.....
¡ Oh ayres sosegados ,
Ya libres de las voces y ruidos
Al cielo encaminados ,
Del corazón salidos ,
Llevad con vuestras ondas mis gemidos !
Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido :
Lamentando su ausencia ,

En tierra del olvido
Queda mi corazón de amor herido.»

Del mismo autor deben ser unas liras *Á la Magdalena*, trovando á lo divino la *Flor de Gnido*, y en especial el episodio de Anaxarete.

Me parece descubrir el estilo de Arias Montano en otras liras *Á la hermosura exterior de Nuestra Señora*, que se leen á continuación de esas en la edición del P. Merino. Posible es que el anónimo imitador de Fr. Luís y de Garcí-Lasso se propusiese reproducir asimismo el regalado y sabroso estilo del grande hebraísta en su paráfrasis castellana de los *Cantares*, pero fuerza sería entonces confesar que lo alcanzó de tal manera, que no hay medio de distinguir los versos del imitador de los de su modelo. Esto, y el tropezar con algunos finales agudos, defecto de Arias Montano y no de Fr. Luís ni de su imitador, pudieran inducir á la creencia de que realmente pertenece esa oda al solitario de la Peña de Aracena.

Mas del anónimo es sin duda una imitación, ó más bien *rifacimento* del *Cuán bienaventurado* de Garcí-Lasso, así encabezada:

« ¡ Oh quàn dichoso estado ,
Y quàn dulces riquezas
Son las que el labrador rústico tienel.... »

En otras poesías se reconoce diversa mano, y casi nunca es fácil conjeturar á quién deban atri-

buirse. Quizá algunas sean de Fr. Basilio Ponce de León, de D. Juan de Almeida, de D. Alonso de Espinosa. Estos dos últimos ingenios quedan recordados en el capítulo de los traductores. Ni de ellos, ni del Brocense, muy horaciano en sus poesías latinas, conozco líricas originales en lengua castellana, dignas de particular memoria.

Hablemos, pues, del bachiller Francisco de la Torre, segundo en mérito entre los poetas salmantinos, á cuya escuela, y no á la sevillana, legítimamente pertenece. También el cantor de *La tórtola* y de *La cierva* fué alguna vez horaciano, aunque de temple diverso del de Fr. Luís de León, *Facies non omnibus una, nec diversa tamen, quales decet esse sororum*. Blando y amoroso siempre, modelo de gusto y delicadeza, amantado en los ejemplares clásicos, no se ciñó servilmente á la imitación petrarquista, sino que hizo hasta diez odas horacianas, colocándose muy cerca del gran poeta del Tormes, y añadiendo nuevos primores á las combinaciones rítmicas. Comenzó imitando en género y estilo la *Flor de Gnido* en la oda:

« Mira Filis, furiosa.... »

aún más clásica que su modelo, como más breve y animada.

En la oda

« Viste, Filis, herida

Cierva de la saeta, que temiendo.... »

fué más directamente horaciano, más igual y correcto en el estilo, y supo intercalar en una oda erótica oportunos recuerdos del *Rectius viues, Licini*.

Aún es preferible, como dechado del género, la primera del libro II:

« Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora.... »

Estas tres composiciones son las únicas en que Francisco de la Torre usó la *lira* de Garcí-Lasso. Parecióle sin duda combinación demasiado artificiosa, y buscó otra más sencilla y más ligera, para cantar de esta suerte la salida de la Aurora:

« Rompe del seno del dorado Atlante
La vestidura negra
De la noche, la Aurora rutilante,
Que cielo y mundo alegra.

.....
Las casi ya marchitas bellas flores
Del plateado hielo,
Heridas de tus vivos resplandores,
Miran derecho al cielo.

.....
Salve, divina y sacrosanta Aurora,
Gloria del ser humano,
De la color del día, á quien adora
El coro soberano.

.....
Tres y más veces salve la rosada
Madre de Menón fuerte,
Salve la soberana y transformada
Menonia por la muerte. »

Nunca habían volado de esta suerte las estrofas castellanas. Francisco de la Torre se iba acercando cada día más á Horacio. No hubiera desdeñado el Venusino estos versos, en que su imitador celebraba la edad de oro (oda 3.^a del libro II):

« ¡ Oh tres y quatro veces venturosa
 Aquella edad dorada,
 Que de sencilla, pura y no envidiosa
 Vino á ser envidiada....

 La madre universal de lo criado
 No era madrastra dura,
 Como después que Enzélado abrasado
 Cayó en la gruta oscura.
 El pino envejecido en la montaña,
 El haya honor del soto,
 Nunca nacieron á turbar la saña
 Del alterado Noto.
 Salve, sagrada edad; salve, dichoso
 Tiempo no conocido....
 Si la beldad idolatrada que amo
 Como yo conocieras,
 La Arabia sacra en flor, en humo y ramo,
 Ardiendo le ofrecieras. »

No se satisfizo el bachiller de la Torre con sus cuartetos; quiso llegarse á la métrica clásica y destruir la rima. Cuatro odas compuso en el ritmo á que ha ligado su nombre. De una de ellas, la que comienza *Tirsís, ab Tirsís*, va hecha mención en el capítulo de los traductores. Las

otras tres no han sido tan celebradas, aunque lo merecen. En la dirigida *Á las estrellas*, son notables las estrofas siguientes:

« ¡ Cuántas veces me vistes y me vido
 Llorando Cintia, en mi cuidado, el tibio
 Celo con que adoraba su belleza
 Aquel pastor dormido!
 ¡ Cuántas veces me halló la clara Aurora
 Espíritu doliente, que anda errando
 Por solitarios y desiertos valles,
 Llorando mi ventura!
 ¡ Cuántas veces, mirándome tan triste,
 La piedad de mi dolor la hizo
 Verter amargas y piadosas lágrimas
 Con que adornó las flores!
 Vos, estrellas, también me visteis solo,
 Fiel compañero del silencio vuestro,
 Andar por la callada noche, lleno
 De sospechosos males.
 Vi la Circe cruel que me persigue,
 De las hojas y flor de mi esperanza,
 Antes de tiempo y sin sazón cortadas,
 Hacer encantos duros.
 ¡ Ay, déjenme los cielos, que la gloria,
 Que por fortuna y por su mano viene,
 No será deseada eternamente
 De un afligido espíritu! »

Las otras dos pertenecen al género *moral*, y una de ellas es imitación directa del *Æquam mento*, pieza favorita de nuestros clásicos, sobre todo de los de la escuela salmantina:

« Amintas, ni del grave mal que pasas
 Dejes vencerte, ni volviendo el rostro

Á tu fortuna , te acobardes tanto
Que sienta tu flaqueza....»

Llegó Francisco de la Torre á hacer una oda en *eptasilabos* sueltos, ensayo curioso, tejido todo de pensamientos de Horacio :

«Alexis, ¿qué contraria
Influencia del cielo
Persigue nuestros ánimos
En las cosas del mundo ?
Ninguno con la suerte
Que le previno el hado ,
Dichosa ó miserable ,
Alegremente vive.
El navegante, cuando
Turbado cielo ruega
Con lágrimas y votos ,
Su ventura maldice.
.....
Á mí que el campo habito
Me tienes por dichoso ;
Hoy para mí no hay cosa
En los hados más triste,» etc.

Repitió esta tentativa, y con más felicidad, en otra odita, de la cual extracto estos versos :

«Amor en su saeta
Puso hierba dañosa ;
Tiróla por los ojos ,
Dejó en el alma el hierro.
Fué la hierba prendiendo
Por las entrañas propias....
Tal ando como aquella
Cierva desamparada ,
Á quien montero duro

Clavó de parte á parte.
Ella salta ligera ,
Huyendo al valle, donde
Le vino el mal, y lleva
En el costado el dardo.»

Algunos de estos versos están bien hechos; pero no han tenido imitadores, quizá porque el eptasilabo es demasiado breve para correr suelto.

Al lado de este poeta encantador debe figurar su amigo Francisco de Figueroa, de quien sólo una poesía en rigor horaciana, la *Cuitada navegilla*, y ésta ya recordada en los traductores, tenemos.

Mencionaré, sin embargo, aunque de pasada, sus lirás *Á Diana y Endimión*, que, aparte de lo clásico del asunto, pertenecen por la forma á la escuela de Garci-Lasso, León y Francisco de la Torre.

III.

Quizá antes de las innovaciones de Francisco de la Torre habiase introducido en nuestra métrica una combinación que hizo adelantar sobremanera la poesía horaciana. Refiérome á la estrofa sáfico-adónica, bastante más antigua en castellano de lo que generalmente se supone. Quien intentó primero naturalizar en España el metro de Lesbos, fué, á lo que juzgo, el sabio

arzobispo de Tarragona Antonio Agustín ¹. En el tomo VII de sus *obras* (ed. de Luca, 1772) puede leerse una carta á su amigo Diego de Rojas, fecha en Bolonia, 1540, y en ella estas palabras: *Mitto quaedam epigrammata novi cujusdam generis*. Los versos de nuevo género á que el futuro Arzobispo se refiere, son unos sáficos que comienzan así:

«Júpiter torna, como suele, rico:
Cuerno derrama Jove copioso,
Ya que bien puede el pegaséo monte
Verse y la cumbre.
Antes ninguno, sabio poeta,
Pudo ver tanto que la senda corta
Viese que á Griegos la subida siempre
Fuera y latinos.
Vemos que Ennio, Livio y Catulo,
Píndaro, Orfeo, Sófocles, Homero,
Virgilio, Horacio y con Nasón Lucano
Esta seguían....»

Hizo estos ensayos Antonio Agustín á imitación de Claudio Tolomei, que había intentado lo mismo en Italia. Fáltanme datos para decidir si el ejemplo del Arzobispo influyó por entonces

¹ Quedan de Antonio Agustín muy pocos versos castellanos, pero los latinos son de singular belleza y de una serenidad clásica. Ahora recuerdo este epigrama suyo, á una fuente, digno de figurar al lado de los mejores de la *Antología Griega*, por la impresión de frescura y de religioso misterio:

*Hujus Nympha loci sacri custodia fontis,
Dormio, dum blandae sentio murmur aquae.
Parce meum, quisquis tangis cava marmora, somnum
Rumpere: sive bibas, sive lavare, tace.*

en España. Mas si sabemos que el Brocense, quizá sin noticia de las tareas juveniles del inmortal canonista aragonés, usó, y no sin destreza, el sáfico en su traducción del *Rectius vives*, y que en 1577 aparecieron impresas las dos tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, de fray Jerónimo Bermúdez, dominico gallego y catedrático de Teología en Salamanca, quien juzgó oportuno disfrazarse con el nombre de Antonio de Silva. Nada diré sobre la cuestión de originalidad de estas dos piezas, puesto que hemos de tocarla al hablar de Antonio Ferreira. Ahora baste advertir que los coros de estas tragedias pertenecen legítimamente á la poesía horaciana, y que tres de ellos están en sáficos-adónicos. El mejor se halla al fin del acto segundo de la *Nise lastimosa*; es una oda moral del género de Horacio, y tiene estrofas tan ricas de pensamiento y tan afortunadas en la expresión, como estas, en que imita el *Regum timendorum in proprios greges*:

«Príncipes, reyes y monarcas sumos,
Sobre nosotros vuestros pies tenéis,
Sobre vosotros la cruel Fortuna
Tiene los suyos.
Sopla en los altos montes más el viento,
Los más crecidos árboles derriba,
Rompe también las más hinchadas velas
La tramontana.
Pompas y vientos, títulos y honores
No dan descanso más, ni más dulzura,

Antes más cansan, y más sueño quitan
Al que los ama.
Como sosiegan en el mar las ondas,
Así sosiegan estos pechos llenos,
Nunca quietos, nunca satisfechos,
Nunca seguros.»

Véase el trozo correspondiente en la *Castro*
de Ferreira:

«Reys poderosos, Principes, Monarchas
Sobre nos pondez vossos pés, pissay-nos,
Mas sobre vós está sempre a Fortuna,
Nos livres della.
Nos altos montes soam mais os ventos,
As mais crescidas arvores derribam,
As mais inchadas vellas no mar rompen,
Caen móres torres.
Pompas e ventos, títulos inchados
Nãõ dãõ descanso, nem mais doce sonho,
Ántes mais cansan, antes em mais medo
Poem, e perigo.
Como se volvem no grãõ mar as ondas,
Assim se volvem estes peitos cheos,
E nunca fartos, nunca satisfeitos,
Nunca seguros.»

En la primera estrofa queda inferior el magistrado portugués.

El coro del acto tercero es otra oda moral por el estilo, y tiene no menos carácter horaciano y bellezas no menores, aunque no ha sido tan citado. La rapidez lírica se une á un tono grave, solemne y sentencioso:

«Corre más que ellos el ligero tiempo;
Ni valen fuerzas, ni belleza vale:

Todo deshace, todo huella y pisa,
Nadie le fuerza.
Como tirano fiero va cortando
Vidas á mozos, lástimas á viejos:
Sola la fuerza de virtudes clara
Puede vencelle.
Ésta le vence, su valor es mucho:
Ésta, al eterno espíritu siguiendo,
Vive riéndose de la fortuna
Y de la muerte.»

Ferreira dice:

«Iguar á todos, igualmente foge,
Nãõ valem forças, nãõ val gentileza.
Per tudo passa, tudo calca e pissa,
Ninguem o força.
Com sua fouce, cruel vay cortando
Vidas a moços, trabalhos a velhos,
Só boa fama, só virtude casta
Pode mais que elle.
Esta se salva sómente em si mesma,
Esta o espirito segue, sempre vive,
Esta seguindo, venceras o tempo,
Rir-te has da morte.»

Aquí, como en casi todo lo demás, una de las tragedias es traducción literal de la otra. El mayor aliño del texto de Bermúdez parece la más fuerte sospecha contra la originalidad de su *Nise*.

Donde anduvo infeliz el fraile gallego fué en el primero de los coros del primer acto, tan animado y lírico en la tragedia portuguesa. Por el contrario, el segundo coro, que no está en

Ferreira, rebosa de espíritu clásico, y por la forma es una lindísima anacreóntica:

«También el mar sagrado
Se abrasa en este fuego;
También allá Neptuno
Por Menalipe anduvo
Y por Medusa ardiendo,
También las Ninfas suelen
En el húmido abismo
De sus cristales fríos
Arder en estas llamas:
También las voladoras
Y las músicas aves,
Y aquella sobre todas
De Júpiter amiga...
¿Qué cosa hay en el mundo
Que del amor se libre?
Antes el mundo todo
Visible, y que no vemos,
No es otra cosa en suma
Que un espíritu inmenso,
Una dulce armonía,
Un fuerte y ciego nudo,
Una súaave liga
De amor, con que las cosas
Están trabadas todas.
Amor puro las cría,
Amor puro las guarda,
En puro amor respiran,
En puro amor acaban...! »

Obsérvese la facilidad y fluidez de esos *eptasilabos* sueltos, al modo de los de Francisco de la

1 *Parnaso Español*, tomo vi, pág. 23.

Torre. En el mismo metro están otros dos coros de la *Nise lastimosa*, y uno de la *Laureada*.

Esta segunda tragedia, cuya paternidad nadie disputa á Bermúdez, es, como pieza dramática, un absurdo; mas no carece de trozos poéticos estimables, sobre todo en los coros. Limitándome á lo más lírico y horaciano, mencionaré, aparte de un epitalamio en sáficos-adónicos, inferior, cuanto cabe, á las bellas odas de la *Nise lastimosa*, un coro en versos *adónicos*, ó sea *pentasilabos* sueltos, ensayo rarísimo, que comienza así:

« ¡ Oh corazones
Más que de tigres !
¡ Oh manos crudas
Más que de fieras !
¿ Cómo pudistes,
Tan inocente,
Tan apurada,
Sangre verter ?
¡ Ay, que su grito,
¡ Oh Lusitania !
¡ Oh patria mía !
.....
Desde la tierra
Rompe los cielos,
Rompe las nubes,
Rompe los aires,
Trae las llamas
Del celo vivo,
Trae los rayos
Del vivo fuego
Que purifica

Toda la tierra,
Contaminada
De la crueza
Que cometiste....
.....»

Y baste por ahora acerca de las *Nises*. Quizá no fuera difícil hallar otras muestras de sáficos-adónicos anteriores á los de Baltasar de Alcazar y Villegas. Rengifo cita dos odas compuestas en ese metro, con motivo de la traslación á Alcalá de las cenizas de San Eugenio. Pero á nuestro propósito baste dejar señalada la época probable del renacimiento de la forma *eólica*, una de las favoritas de Horacio, y digna, por tanto, de ser recordada en la historia de sus imitadores. Además, se nos antoja que los primeros poetas que en Castilla la usaron, con ser helenistas egregios (por lo menos A. Agustín y el Brocense), debieron tomarla del Venusino, y no directamente de Safo, ni de Erina; observación aplicable, todavía con mayor seguridad, á los coros de Jerónimo Bermúdez y á los de Antonio Ferreira.

En estos primeros ensayos se notan muchos versos mal acentuados, *sáficos* solo en cuanto son endecasílabos y tienen esa similitud con el verso latino del mismo nombre; pero impropriamente *sáficos* para nuestros oídos, por faltarnos el *ictus* en cuarta y octava. El fijar esta ley quedaba reservado á Villegas.

IV.

La escuela sevillana dió en su primer período notables humanistas, traductores de Horacio y poetas en lengua latina á imitación suya, pero escasísimos líricos *horacianos* en lengua vulgar. El canónigo Pacheco, Juan de Mal-Lara, Francisco de Medina, Diego Girón, nunca, que yo sepa, imitaron al Venusino en lo poco que de sus versos castellanos ha llegado á nuestros días. Y en verdad que así el cantor de *Psique*, como el intérprete del *Beatus ille*, pero más aún el autor de la hermosa oda *Natalis almo lumine candidus*, tenían condiciones bastantes para figurar con honra en este género, á par de los líricos salmantinos.

El primero que entre los sevillanos probó sus fuerzas en tal empresa, mas sólo como epistológrafo y satírico, fué el ingenioso y fecundo Juan de la Cueva de Garoza, que, si en algún modo pertenece á la escuela hispalense, fué sumamente revoltoso é indisciplinado dentro de ella. Su larga vida le permitió asistir á no pocas transformaciones del arte nacional, y su vaga curiosidad, dirigida por un criterio menos severo, pero á la vez menos estrecho que el de sus doctos paisanos, le movió á tentar sus fuerzas en muchos géneros, algunos bien lejanos de la rí-

gida disciplina herreriana. Hizo romances históricos, en verdad malísimos; hizo comedias y tragedias nada clásicas, que debieron escandalizar al maestro Mal-Lara (con haber alterado éste en alguna parte el *antiguo uso*); pero que influyeron, y mucho, en los progresos del teatro; no temió burlarse del artificioso procedimiento con que Herrera trabajaba sus versos, y por fin y postre, ya en los últimos años de su vida, sancionó las libertades dramáticas en su célebre *Ejemplar Poético*, especie de manifiesto revolucionario en pro de la escuela de Lope de Vega. Esta obra es curiosa, no sólo en tal concepto, sino por ser en asunto, forma, y á veces en principios y estilo, la más antigua imitación castellana de la *Epistola ad Pisones*. Como ella, está escrita en modo epistolar, aunque las cartas son cuatro; y, si bien en mérito dista mucho de parecerse á la del poeta romano, léese, no obstante, con gusto y utilidad, y es de interés grandísimo para la historia de las teorías estéticas y críticas entre nosotros. Á veces imita directamente á Horacio; véase, por ejemplo, cómo traslada el precepto contenido en los versos *Honoratum si forte reponis Achillem*....:

«Pinta al Saturnio Júpiter esquivo
Contra el terrestre bando Briareo,
Y el soberbio jayán en vano altivo,
Zelosa á Juno, congojoso á Orfeo,

Hermosa á Hebe, lastimada á Ino,
Á Clito bello, y sin fe á Teseo 1.»

Otras veces rompe con la tradición clásica, y entonces sube de punto el interés de su libro. De esta suerte habla en defensa propia, al tratar de la poesía dramática:

«Dirás que ni lo quieres ni deseas....
Que ni á Ennio ni á Plauto conocemos,
Ni seguimos su modo y artificio,
Ni de Nevio ni de Accio caso hacemos.
Que es en nosotros un perpetuo vicio
Jamás en ellas observar las leyes,
Ni en personas, ni en tiempo, ni en oficio.
Que en cualquier popular comedia hay reyes,
Y entre los reyes el sayal grosero,
Con la misma igualdad que entre los bueyes.
A mí me culpan de que fui el primero
Que reyes y deidades di al tablado,
De la comedia traspasando el fuero.
Que el un acto de cinco le he quitado,
Que reduci los actos en jornadas,
Cual vemos que es en nuestro tiempo usado.
Introdujimos otras novedades,
De los antiguos alterando el uso,
Conformes á este tiempo y calidades....
Huimos la observancia que forzaba
A tratar tantas cosas diferentes
En término de un día que se daba....
Confesarás que fué cansada cosa
Cualquier comedia de la edad pasada,
Menos trabada y menos ingeniosa.

1 *Parnaso Español*, tomo VIII. Martínez de la Rosa, en los *Apéndices á su Poética*, hizo un buen análisis del *Ejemplar* de Juan de la Cueva.

Señala tú la más aventajada,
 Y no perdones griegos y latinos....
 Mas la invención, la gracia y traza es propia
 A la ingeniosa fábula de España.»

El que de tal suerte hollaba la autoridad clásica en nombre del teatro libre, sin buscar disculpas ni pedir perdones como Lope de Vega, sino fundándose en tres principios: la pobreza de acción en la comedia antigua, en contraste con la variada trama de la moderna; la diferencia de tiempos y costumbres, y el aplauso común, venía á echar los cimientos de una ingeniosa é influyente teoría literaria, que algunos de sus sectarios en el siglo xvii llegaron á conciliar con la *Poética de Aristóteles*, asentando que los españoles habían cumplido excelentísimamente con el principio de *imitación*, y que, por tanto, estaban dentro de la legislación clásica. De Juan de la Cueva arranca esa serie de preceptistas agudos, enamorados por igual del teatro español y de la sabiduría antigua, que se llamaron Barreda, Alfonso Sánchez, Tirso de Molina, Ricardo del Turia, Caramuel, González de Salas. Todos proclaman el *naturalismo*, todos acatan la preceptiva aristotélica; pero entendida de tal suerte, que llegan á deducir consecuencias como éstas: *El mejor modo de escribir.... comedias es el que más agrada al pueblo.... Los antiguos ignoraron el arte de escribir comedias*. El jesuíta, autor

de estas osadas aseveraciones, razonaba de este modo:

«Como los antiguos dejaron sin usar muchas cosas para que las explicara nuestra edad, así nosotros dejaremos para que las ilustren los pósteros.... La verdad está patente á todos; aún no está ocupada.... No debemos seguir en todo á nuestros mayores.... Muchas cosas no supieron, muchas trataron sólo de paso.» Y obsérvese bien, porque muestra el encadenamiento de nuestras tradiciones científicas: las palabras con que el P. Alcázar asienta el *progreso* en el arte, son casi traducción de las que, tomadas de otras de nuestro Séneca, empleó Luís Vives para establecer, con más fundamento, la necesidad de progreso y de reforma en la ciencia: «*Patet omnibus veritas, nondum est occupata.... Nulla ars simul est et inventa et absoluta.*»

Volvamos á Juan de la Cueva. En el tomo II del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, se han publicado algunas epístolas suyas en tercetos, de carácter bastante horaciano, á excepción de una que es *heroída*, del género de las de Ovidio¹. Todas son ingeniosas y amenas, aunque escritas con abandono y desaliño extremados, y ofrecen curiosos materiales para la vida de su autor y de otros ingenios an-

¹ Es la más antigua composición de esta clase que he visto en lenguas vulgares.

daluces. La mejor es acaso la que en el códice de poesías de Cueva lleva el número 14, y comienza :

« Junto á la calle que dejando el nombre
Antiguo, se llamó del Alameda,
Encontré por desdicha mía un hombre.... »

La epístola tiene trozos pesados y versos muy malos ; pero á veces imita bien el tono del *Ibam forte via sacra*, y otras presenta rasgos originales dignos de alabanza. El importuno hablador, después de decir á Cueva :

« A comer hoy os quedaréis conmigo,
Por estar aquí cerca mi posada,
Y en esto ha de ser sólo lo que digo.
A una sola comida moderada
Os convido, no á pavos ni á capones.... »

llévale á su casa, que el poeta describe de esta manera :

« Tenía en una pieza desviada
Una gran mesa de papeles llena ;
Junto á ella una silla derrengada,
Un plato con salvado por arena,
Un tiesto por tintero, un mal cuchillo,
Un Lasso, y un Boscán, y un Juan de Mena.... »

Cuando esperaba el huésped que empezase la comida, vese condenado á oír los versos del *reformador de toda poesía* :

« Tomó la silla, abriendo un cartapacio
De propias obras, y tiró de un banco
Para mí que soy hombre de palacio....
Dejélo (aunque á mi daño) con su antojo,

Y comenzó á leer, y yo á escuchallo,
La muerte viendo, cual se dice, al ojo !
Yo hecho un yunque, sin que fuerza ni arte
Me valiese, le oía, ya el tormento
De Belerma, ya el fin de Durandarte,
Ya el llanto de Galván, ya el desconcierto
De Moriana viéndose cautiva,
De Gaiferos la vuelta y vencimiento.... »

En el resto de la epístola no faltan situaciones cómicas y chistes sazonados :

« Estando puesto en esta angustia fiero,
Trajo un plato de espárragos cocidos
Y un medio pan en una faltriquera :
.....
Ya que en el plato no quedaba nada,
Echó la bendición y levantóse,
Diciendo : « Esta es comida regalada. »
Sacudió las migajas, y limpióse
Con la manga del sayo boca y barba,
Y un poco sobre el brazo reclinóse,
Diciéndome : « Razón tuvo, y no poca,
Quien alabó el espárrago, en que hallo
Mil excelencias que Laguna toca. »

¿ No parece un trasunto de esta ridícula figura la del licenciado Cabra ?

En otra epístola á D. Juan de Arguijo hácese continuas alusiones á cosas y personas hoy desconocidas y á desacuerdos (que fácilmente se explican) entre Juan de la Cueva y sus compañeros de la escuela sevillana.

Hay dardos que van derechos contra Herrera:

« ¿ Es porque voy , como es razón , huyendo
Duras frasis , *perfrasis* de extremos ,
Metafóricos nombres imponiendo ?
¿ Es porque alcázar no llamé á la popa ,
Copa de Marte al defensivo escudo ,
De Baco escudo á la vinosa copa ? »

Dos de estas epístolas son *morales*, tratando una *cuál sea de más estimación; el rico y necio ó el pobre y sabio*, y enseñando la otra que *en todo se debe seguir un medio*. En ambas abundan las reminiscencias horacianas, y en la primera hay pensamientos y expresiones que parecen haber pasado á la *Epístola Moral* de Andrada. La primera (15 en la colección poética de Cueva) aparece escrita y versificada con mayor esmero que otras composiciones de su autor.

La crítica literaria da asunto frecuente á estas cartas, que pueden estimarse como buen suplemento al *Ejemplar Poético*. Cueva flagela implacable y graciosamente á los traductores del toscano en la epístola á D. Álvaro de Gelves, ó enumera, escribiendo al jurado Rodrigo Suárez, los riesgos é inquietudes del pobre escritor que da á la estampa un libro, ó diserta con Herrera acerca de los vicios de la oratoria y poesía, ó dirige sangrientas burlas á un mal traductor de las églogas de Virgilio, que mudó en ellas los

nombres y el sentido, y á vueltas de todo esto, intercala animadas narraciones de sucesos contemporáneos, describe las grandezas de Méjico, donde residió algunos años, ó nos pone á la vista, sin fantasías bucólicas y con riqueza de donaires, la vida sosegada y quieta de un lugar de Andalucía en el siglo xvi. La variedad de asuntos, la curiosidad de noticias, la facilidad y gracia descuidada del poeta, y la ausencia de toda pretensión literaria, hacen muy sabrosa la lectura de estos devaneos de su ingenio, siendo de lamentar que no se hayan dado á la estampa íntegros, de igual suerte que otras poesías suyas conservadas en rarísimos códices, de los cuales alguno ha desdichadamente perecido. Entre las epístolas del todo inéditas, hay dos ó tres sobre asuntos morales, según resulta del índice que formó Gallardo.

De los poetas propiamente *sevillanos*, no hay mucho que decir en este estudio.

Herrera, en las elegías y en los sonetos, fué *petrarquista*; en sus dos admirables canciones *bíblico*, con estro superior al que mostró, siglo y medio después, Filicaja; pero solo en dos ó tres ocasiones *horaciano*.

Pasa por pindárica su altisonante oda *A Don Juan de Austria*; pero yo encuentro allí poco ó nada de Píndaro y bastante de Horacio: hasta hay reminiscencias de la oda á Calíope *Descende*

coelo. No hay más que comparar estos dos fragmentos:

«Scimus ut impios

Titanes, immanenque turbam
Fulmine sustulerit caduco
Qui terram inertem, qui mare temperat
Ventosum, et urbes, regnaque tristia
Divosque, mortalesque turbas
Imperio regit unus aequo.

Magnum illa terrorem intulerat Jovi
Fidens horrida brachiis,
Fratresque, tendentes opaco
Pelion imposuisse Olympo.
Sed quid Typhoeus et validus Mimas,
Aut quid minaci Porphyrion statu,
Quid Rhoetus, evulsisque truncis
Enceladus, jaculator audax,
Contra sonantem Palladis aegida
Possent ruentes?.....
Testis mearum centimanus Gyges
Sententiarum.....»

«Cantaba la victoria

Del ejército etéreo y fortaleza
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza....
Tú solo á Oromedonte
Trajiste el hierro agudo de la muerte....
Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara

El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante...» etc.

Las rápidas y valientes estrofas en que describe Herrera la derrota de los moriscos, parecen reflejo de la oda *Á Druso*, y hasta el empleo de la *lira* de Garci-Lasso, nunca usada por el *divino* poeta, sino en esta ocasión, contribuye á dar carácter *horaciano* al total de la pieza. Han censurado en ella, y con razón, todos los críticos no sevillanos, aparte de la profusión de efectos onomatopícos, lo incongruente del plan, semejante al de aquellas odas de tiempos *arcádicos* en que, para felicitar á una persona, se ponía en movimiento á todos los dioses del Olimpo griego. Yo sospecho que Herrera, que había hecho una *gigantomaquia*, no supo resistir á la tentación de dar fuera de propósito alguna muestra de los primores del poema en que cantó la guerra

«De la gente de Flegra conjurada.»

Se encuentra en las poesías de Herrera una *canción* moral, en estancias largas al modo italiano; pero en lo demás muy horaciana. Es la octava del libro II en la edición de Pacheco, y abunda en graves pensamientos, dignamente expresados y sin excesivo aliño:

«No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,

Ni lo mostréis estrecho ,
 Que para aventajaros
 Entre las sombras de esta edad culpada ,
 Debéis siempre esforzaros ,
 Pues sólo aquello es vuestro
 Que á vos debéis y á vuestro brazo diestro. »

En la primera edición escribió Herrera, y pienso que mejor:

« Pues solo es vuestro aquello
 Que por virtud pudistes merecello. »

Es sentencia de Epicteto al comienzo del *Enchiridión*, donde divide las cosas en propias y en ajenas.

También es doctrina estoica la de estos hermosos versos:

« Aquel que libre tiene
 De engaño el corazón , y sólo estima
 Lo que á virtud conviene,
 Y sobre cuanto precia
 El vulgo incierto , su intención sublima ,
 Y el miedo menosprecia ,
 Y sabe mejorarse ,
 Sólo señor merece y rey llamarse. »

Los sonetos de D. Juan de Arguijo versan casi siempre sobre argumentos clásicos, y reproducen muchas veces ideas y frases de poetas griegos y latinos. Algunos hay que, en pensamiento ó forma, recuerdan á Horacio:

« A ti de alegres vides coronado ,
 Baco , gran padre , domador de Oriente ,
 He de cantar : á ti que blandamente
 Templas la fuerza del mayor cuidado.
 Ora castigues á Licurgo airado
 Ó á Penteo en tus aras insolente ,
 Ora te mire la festiva gente
 En sus convites dulce y regalado.... »

Esto se escribió indudablemente después de una lectura del ditirambo *Bacchum in remotis carmina rupibus*. De igual suerte el soneto de la *constancia*

« Aunque en soberbias olas se revuelva.... »

trae á la memoria el *Justum et tenacem*, al paso que el *Eheu fugaces* está repetido en el soneto que comienza:

« Mira con cuánta priesa se desvía.... »

Aún pudieran presentarse otros ejemplos. Tiene, además, Arguijo una poesía muy horaciana, la silva *Á la vibuela*, instrumento en que él era destrísimo. En el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, se ha estampado otra poesía inédita del mismo carácter. Á ella pertenecen estos versos:

« Tan sólo tú , ¡ oh virtud ! de las acciones
 Árbitro justo , entre los dos extremos
 Regla segura pones.
 A tu verdad debemos

La elección conveniente. Tú deshaces
Con luz divina las humanas nieblas,
Le enseñas el camino ó norte cierto,
Y le conduces á dichoso puerto.»

Este pasaje es de una serenidad y una limpieza clásicas.

Mas véase el contraste en Baltasar de Alcázar, que tuvo la humorada de hacer una oda burlesca *Al Amor*, en sáficos-adónicos, comenzándola de este modo:

« Suelta la venda, sucio y asqueroso,
Lava los ojos llenos de legañas,
Cubre las carnes y lugares feos,
Hijo de Venus. »

Tras de lo cual le amenaza con *azotes*, y le manda ir á casa de su madre para que *se vista*. Aunque este desenfadado no sea el hermano más digno de *La cena*, no parece inoportuno hacer mérito de él, por la singularidad del metro y del estilo.

De Francisco de Medrano poco me resta que decir en esta Memoria, puesto que en la de los traductores hablé largamente de sus odas y del género á que pertenecen. Medrano es un poeta de la escuela salmantina, y no sigue la tradición de Herrera, sino la de Fr. Luís de León y Francisco de la Torre. Hasta imita la *Profecía del Tajo*, quedando muy inferior á su maestro. No acertó Medrano á infundir su espíritu en lo que

tomaba de la poesía antigua, ni procedió en sus remedos con libertad de genio, acomodando formas clásicas á pensamientos nuevos. En cambio, fué más fiel al genuíno espíritu de la lírica romana, y alcanzó un alto grado de sobriedad y pureza en sus imitaciones. Sirva de ejemplo la oda siguiente, tomada casi del *Coelo supinas si tuleris manus*:

« Al cielo si las manos levatares
Y los ojos, Minardo, vergonzosos;
Si con votos piadosos
Sus iras aplacares,
No sentirá los astros pestilentes
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes

El rico á quien el oro ensoberbece,
Diez escogidas vacas, las más gruesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.

A ti de un hogar pobre humilde dueño,
No toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor prenda
De tu redil pequeño.

Que si imploraren su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla han más propicia
Que las del rico llenas. »

Este es Horacio hablando en lengua vulgar. Gran mérito es en Medrano no tender nunca á la perifrasis ni á la amplificación, defectos comunes en la lírica hispalense.